

# 1

## Técnico

Andrew Harlan se introdujo en la cápsula. Sus lados eran totalmente redondeados, y encajaba a la perfección en un eje vertical compuesto de varillas ampliamente espaciadas entre ellas que formaban una neblina brillante unos 200 metros por encima de la cabeza de Harlan. Fijó los controles y movió con suavidad la palanca de inicio.

La cápsula no se movió.

Harlan no esperaba que lo hiciera. No esperaba ningún movimiento, ni hacia arriba ni hacia abajo, izquierda, derecha, adelante o atrás. Y, aun así, los espacios entre las varillas se habían fundido en una vacuidad gris sólida al tacto, aunque totalmente inmaterial. Y su estómago *serevolvió* un poco, un leve (¿y psicossomático?) mareo que le comunicó que todo lo que la cápsula contenía, incluyéndolo a él mismo, estaba moviéndose a toda velocidad hacia delante a través de la Eternidad.

Había subido a la cápsula en el siglo 575, la base de operaciones que le habían asignado hacía dos años.

Hasta entonces, el siglo 575 era lo más lejos que había llegado. Ahora estaba adelantándose hasta el siglo 2.456.

En circunstancias normales podría haberse sentido un poco perdido ante semejante perspectiva. Su siglo de nacimiento quedaba atrás, muy lejos; en el siglo 95, para ser exactos. El siglo 95 era uno estrictamente restrictivo con respecto al uso de la energía atómica, levemente rústico, con gusto por el uso de la madera natural como material estructural, exportador de ciertos tipos de brebajes destilados a prácticamente cualquier lugar e importador de semillas de trébol. Aunque Harlan no había estado en el siglo 95 desde que empezó el entrenamiento especial y se convirtió en un Novato a la edad de quince años, siempre que se movía de “su siglo” experimentaba una sensación de pérdida. En el siglo 2.456 estaría a casi 240 milenios de su momento de nacimiento, lo cual es una distancia considerable, incluso para un Eterno experimentado.

En circunstancias normales habría sido así.

Pero en ese momento Harlan no estaba de humor para pensar en otra cosa que no fuera el hecho de que los documentos le pesaban en el bolsillo y su plan le pesaba en el corazón. Estaba un poco asustado, un poco tenso, un poco confuso.

Fueron sus manos actuando por sí mismas las que llevaron la cápsula a su lugar correspondiente en el siglo correspondiente.

Era raro que un Técnico se sintiera tenso o nervioso por nada. Como dijo una vez el Educador Yarrow, “Un Técnico debe estar, por encima de todo, carente de emociones. Los Cambios de Realidad que inicie pueden afectar las vidas de hasta cincuenta mil millones de

personas. Aproximadamente un millón de ellas se verán afectadas tan drásticamente como para considerarlas individuos nuevos. En estas condiciones, un carácter emocional es una clara desventaja”.

Harlan desechó el recuerdo de la voz seca de su profesor con una sacudida de cabeza casi salvaje. En aquellos días nunca se había imaginado que él mismo pudiera tener el peculiar talento necesario para semejante posición. Pero la emoción se había apoderado de él, después de todo. Cincuenta mil millones de personas. ¿Qué le importaban a él cincuenta mil millones de personas? Solo había una. Una persona.

Cayó en la cuenta de que la cápsula no se movía y, con una brevísima pausa para ordenar sus pensamientos se maquilló con la apariencia fría e impersonal que se le suponía a un Técnico y salió. La cápsula que dejó no era, obviamente, la misma en la que había embarcado, en el sentido de que no estaba compuesta por los mismos átomos. No le preocupaba más de lo que le preocupaba a cualquier otro Eterno. Preocuparse por el *misticismo* de los viajes temporales, en lugar de por el simple hecho de los mismos, era un rasgo del Novato profano en la Eternidad.

Volvió a hacer una breve pausa en la infinitamente fina cortina de no-Espacio y no-Tiempo que lo separaba de la Eternidad por un lado y del tiempo normal por el otro.

Esta iba a ser una sección de la Eternidad completamente nueva para él. Conocía algunos de sus datos, claro, pues había consultado el *Manual temporal*. Aun así, no había ningún sustituto para el aspecto real, por lo que se preparó para el primer impacto.

Ajustó los controles, un asunto sencillo al pasar a la Eternidad (y muy complicado al pasar al Tiempo, un tipo de viaje que era consecuentemente mucho menos frecuente). Atravesó la cortina y tuvo que cerrar los ojos debido al resplandor. Alzó automáticamente la mano para protegerse.

Solo había un hombre. Al principio Harlan no distinguió más que su sombra borrosa.

El hombre habló:

—Soy el Sociólogo Kantor Voy. Supongo que usted es el Técnico Harlan.

Harlan asintió y dijo:

—¡Por todos los Tiempos! ¿No se puede ajustar este tipo de ornamentación?

Voy lo miró y dijo con tono tolerante:

—¿Se refiere a las películas moleculares?

—Efectivamente —contestó Harlan. El *Manual* las mencionaba, pero no decía nada *desemajante* descontrol de reflexión de luz.

A Harlan le parecía que su irritación era bastante razonable. El siglo 2.456 era de tendencia material, como la mayoría de los siglos, así que tenía el derecho a esperar una compatibilidad básica desde el principio. No tenía nada de la confusión absoluta (para alguien nacido en la tendencia material) de los vórtices de energía de los años 300, o la dinámica de campos de los años 600. En el siglo 2.456, para comodidad de un Eterno estándar, se usaba la materia para todo, desde paredes a tachuelas.

En realidad, había materia y materia. Es posible que un miembro de un siglo de tendencia energética no se diera cuenta. Para él, toda la materia eran variaciones

menores de un mismo elemento que era tosco, pesado y bárbaro. Sin embargo para Harlan, de tendencia material, había madera, metal (subdividido en pesado y ligero), plástico, silicios, hormigón, cuero, etc.

¡Pero una materia que consistía completamente en espejos!

Esa fue su primera impresión del siglo 2.456. Cada superficie reflejaba y destellaba luz. Por todas partes se palpaba la ilusión de suavidad absoluta, el efecto de una película molecular. Y en el reflejo repetido hasta el infinito de sí mismo, del Sociólogo Voy, de todo lo que podía ver, en pedazos y agujeros, en todos los ángulos, había confusión. ¡Confusión estridente y náuseas!

—Lo siento —dijo Voy—, es costumbre de nuestro siglo. La Sección asignada a él cree que es una buena práctica adoptar las costumbres si son provechosas. Se acostumbrará dentro de un rato.

Voy caminó rápidamente sobre los pies en movimiento de otro Voy, cabeza abajo sobre el suelo, que se desplazaba con él punto por punto. Movi6 un indicador de contacto capilar hasta su punto de origen.

Los reflejos murieron; toda aquella luz innecesaria desapareció. Harlan notó cómo su mundo volvía a estar en su lugar.

—Si es tan amable de acompañarme... —dijo Voy.

Harlan lo siguió por pasillos vacíos que, sabía, debían de haber sido un descontrol de luces y reflejos artificiales, por un rampa, a través de una antesala, hasta llegar a una oficina.

En todo el breve trayecto no había visto a un solo ser humano. Harlan estaba tan acostumbrado a eso, lo daba tan por supuesto, que se habría sorprendido, casi escan-

dalizado, si hubiera tenido algún atisbo de presencia humana. No había duda de que se había extendido la noticia de que venía un Técnico. Incluso Voy mantenía las distancias, y cuando la mano de Harlan rozó accidentalmente su manga, el Sociólogo dio un visible respingo.

Harlan se sorprendió levemente por la amargura que sintió ante esta reacción. Pensaba que la coraza que había construido alrededor de su alma era más sólida, más eficazmente insensible. Si estaba equivocado, si su coraza se había hecho más fina, se debía a un único motivo.

¡Noys!

El Sociólogo Kantor Voy se inclinó hacia el Técnico en lo que pareció una actitud lo bastante amistosa, pero Harlan notó automáticamente que estaban sentados en extremos opuestos del largo eje de una mesa de proporciones considerables.

Voy dijo:

—Me complace que un Técnico de su reputación se interese por nuestro pequeño problema.

—Sí —respondió Harlan con la fría impersonalidad que la gente esperaba de él—. Tiene sus puntos de interés.

¿Estaría siendo lo suficientemente impersonal? Su motivación real debía de ser aparente, se podía saborear la culpa en las gotas de sudor que perlaban su frente.

Extrajo de un bolsillo interior el resumen del Cambio de Realidad proyectado. Era la misma copia que se había enviado al Consejo Temporal hacía un mes. Dada

su relación con el Computador Senior Twissell (el mismísimo Twissell), Harlan no tuvo problemas en hacerse con ella.

Hizo una pausa antes de desenrollar el documento, dejando que se extendiera sobre la superficie de la mesa, donde quedaría sujeto por un débil campo paramagnético.

La película molecular que cubría la mesa estaba atenuada, pero no apagada del todo. Sus ojos se fijaron en el movimiento de su brazo y, por un instante, el reflejo de su propio rostro pareció observarlo tenebrosamente desde la superficie del mueble. Tenía treinta y dos años, pero parecía mayor. No necesitaba que nadie se lo dijera. En parte, podría ser su rostro alargado y sus cejas oscuras sobre ojos aún más oscuros lo que le daba la expresión mezquina y apariencia fría que los Eternos solían asociar con la caricatura de un Técnico. Podría ser su propia comprensión de que era un Técnico.

Pero entonces extendió el documento sobre la mesa y volvió al problema en cuestión.

—No soy Sociólogo, señor.

Voy sonrió.

—Eso es formidable. Cuando alguien empieza expresando falta de competencia en un campo concreto, normalmente implica que a continuación emitirá una opinión tajante al respecto.

—No —respondió Harlan—, no es una opinión. Tan solo una petición. Me preguntaba si podría echarle un vistazo a este resumen y comprobar que no ha cometido algún pequeño error.

Voy se puso serio.

—Espero que no —dijo.

Harlan mantuvo un brazo apoyado en el respaldo de la silla y el otro en su regazo. No debía dejar que ninguna de sus manos se pusiera a tamborilear con dedos nerviosos. No debía morderse los labios. No debía mostrar sus sentimientos de ninguna manera.

Desde que toda la orientación de su vida había cambiado de forma tan radical, había estado observando los resúmenes de los Cambios de Realidad proyectados a medida que iban pasando por el engrasado engranaje del Consejo Temporal. Como Técnico asignado personalmente al Computador Senior Twissell, podía hacerlo faltando mínimamente a su ética profesional. En especial cuando la atención de Twissell estaba cada día más puesta en su propio y ambicioso proyecto. (Las ventanas de la nariz de Harlan se ensancharon; *ahora* sabía un poco más de ese proyecto).

Harlan nunca había tenido la garantía de que encontraría lo que estaba buscando en un periodo de tiempo razonable. Cuando echó el primer vistazo al Cambio de Realidad 2.456-2.781, número de serie V-5, estuvo casi inclinado a pensar que su capacidad de razonamiento estaba nublada por el deseo. Durante todo un día comprobó y recomprobó ecuaciones y relaciones en un estado de incertidumbre sensacional, mezclado con una creciente excitación y una gratitud amarga por el hecho de haber aprendido al menos psicomatemáticas básicas.

Ahora Voy repasaba los mismos patrones con aspecto mitad sorprendido, mitad preocupado.

—Me parece, repito, me *parece* que todo esto está en perfecto orden —dijo.



Harlan respondió:

—Me refiero en particular al hecho de las características de cortejo de la sociedad de la Realidad actual de este siglo. Es sociología y, por consiguiente, su responsabilidad, según tengo entendido. Por eso quise hablar con *usted* al llegar, y no con otro.

Voy frunció el entrecejo. Seguía siendo educado, pero con un toque glacial.

—Los Observadores asignados a nuestra sección son extremadamente competentes —dijo—. Tengo la certeza de que han proporcionado datos de absoluta precisión. ¿Tiene pruebas de lo contrario?

—En absoluto, Sociólogo Voy. Acepto sus datos. Es el desarrollo de los datos lo que cuestiono. Disponen de un complejo tensor alternativo en este punto, si los datos de cortejo se toman en consideración...

Voy lo miró fijamente y a continuación mostró visiblemente su alivio.

—Por supuesto, Técnico, por supuesto, pero se resuelve en una identidad. Existe un bucle de pequeñas dimensiones sin afluentes en ninguna de sus vertientes. Espero que me perdone por usar un lenguaje tan pintoresco, en lugar de expresiones matemáticas precisas.

—Se lo agradezco —dijo Harlan secamente—. No soy ni Computador ni Sociólogo.

—Muy bien. El complejo tensor alternativo al que se refiere, o la bifurcación del camino, que podría decirse, es insignificante. Los desvíos vuelven a unirse y se convierten en un único camino. Ni siquiera hubo necesidad de mencionarlo en nuestras recomendaciones.

—Si usted lo dice, señor, me pliego a su mejor juicio. Sin embargo, todavía queda el asunto del C.N.M.

El Sociólogo hizo una mueca al oír las iniciales, tal y como Harlan había supuesto. C.N.M.: Cambio Necesario Mínimo. En eso, un Técnico era el maestro. Un Sociólogo podía considerarse a sí mismo por encima de las críticas de seres inferiores en cualquier asunto que estuviera relacionado con el análisis matemático de las infinitas posibles Realidades del Tiempo, pero en cuestiones de C.N.M. el Técnico estaba por encima.

La computación mecánica no servía. El mayor Computaplex jamás construido, dirigido por el Computador Senior más brillante y experimentado jamás nacido, no podría hacer nada mejor que indicar los rangos en los que podía encontrarse el C.N.M. Era, pues, el Técnico quien, considerando los datos, decidía un punto exacto dentro de ese rango. Un buen Técnico apenas se equivocaba. Un Técnico de elite nunca se equivocaba.

Harlan nunca se equivocaba.

—Bien —dijo Harlan, hablando suave y calmadamente, pronunciando el Idioma Intertemporal Estándar con sílabas precisas—, el C.N.M. recomendado por su Sección implica la inducción de un accidente en el espacio y la muerte inmediata de forma bastante desagradable de una docena de hombres o más.

—Inevitable —dijo Voy encogiéndose de hombros.

—Por otro lado —dijo Harlan—, sugiero que se reduzca el C.N.M. a un simple desplazamiento de un contenedor de una estantería a otra. ¡Aquí!

Su largo dedo apuntó el momento. La uña blanca y bien cuidada de su dedo índice hizo una leve marca en uno de los grupos de perforaciones.

Voy consideró las opciones con una dolorosa pero callada intensidad. Harlan preguntó:

—¿No altera eso la situación con respecto a su precipitado desvío? ¿No aprovecha el desvío de menor posibilidad, cambiándolo a casi certeza, y no lleva eso a...?

—...a prácticamente la R.D.M. —susurró Voy.

—A *exactamente* la Respuesta Deseada Máxima —dijo Harlan.

Voy alzó la vista, con su oscuro rostro luchando entre el disgusto y la ira. Harlan notó distraídamente que había un espacio entre los grandes incisivos del hombre, lo que le daba una apariencia de conejo, muy en desacuerdo con la fuerza comedida de sus palabras.

Voy habló:

—Supongo que tendré noticias del Consejo Temporal.

—No lo creo. Hasta donde yo sé, el Consejo Temporal no es consciente de esto. Al menos el Cambio de Realidad proyectado se me pasó sin ningún comentario.

No explicó la palabra “pasó”, y Voy tampoco preguntó.

—Entonces, ¿usted descubrió este error?

—Sí.

—¿Y no lo comunicó al Consejo Temporal?

—No, no lo hice.

Alivio primero, y luego un endurecimiento de sus facciones.

—¿Por qué no?

—Muy poca gente habría podido evitar este error. Creí que podía corregirlo antes de que fuera irreversible. Es lo que he hecho. ¿Por qué ir más allá?

—Bueno... Gracias, Técnico Harlan. Se lo agradeceré eternamente. El error de la Sección, que, como usted ha dicho, era casi inevitable, habría quedado injustifica-

blemente mal en el informe. —Continuó tras un momento de pausa—: Por supuesto, en vista de las alteraciones en la personalidad que este Cambio de Realidad va a inducir, la muerte de unos cuantos hombres como prolegómeno carece de importancia.

Harlan pensó con indiferencia que no sonaba agradecido. Probablemente le molestaba. Si dejaba de pensar, le molestaría aún más haber tenido que ser rescatado de un error por un Técnico. Si fuera Sociólogo le habría ofrecido la mano, pero jamás le estrecharía la mano a un Técnico. Defendía condenar a doce personas a morir por asfixia, pero no podía tocar a un Técnico.

Y, dado que esperar a que creciera el resentimiento sería fatal, Harlan dijo sin demora:

—Espero que su gratitud se extienda hasta el punto de que su Sección realice una pequeña tarea para mí.

—¿Una tarea?

—Una cuestión de Trazado Vital. Tengo todos los datos necesarios aquí. También tengo los datos de un Cambio de Realidad sugerido en el 482. Quiero conocer el efecto del Cambio en el patrón de probabilidad de un individuo concreto.

—No estoy seguro de entenderlo —dijo el Sociólogo lentamente—. Estoy convencido de que dispone de las herramientas necesarias para hacerlo en su propia Sección.

—En efecto. Pero se trata de una investigación personal que no quiero que aparezca en los registros todavía. Podría resultar difícil llevarlo a cabo en mi Sección sin...

Hizo un gesto vago que no implicaba ninguna conclusión para la frase sin acabar.

—Entonces quiere que *no* se haga a través de los canales oficiales —dijo Voy.

—Quiero que se haga confidencialmente. Quiero una respuesta confidencial.

—Bueno, eso es muy irregular. No puedo autorizarlo. Harlan frunció el entrecejo.

—No es más irregular que mi olvido de informar de su error al Consejo Temporal. No puso ninguna objeción a eso. Si vamos a ser estrictamente regulares en un caso, debemos ser igual de estrictos e igual de irregulares en el otro. Creo que entiende lo que quiero decir.

La expresión de Voy mostraba que así era. Extendió la mano.

—¿Puedo ver los documentos?

Harlan se relajó un poco. Había superado el obstáculo principal. Observó con impaciencia cómo el Sociólogo estudiaba la información.

Este solo habló una vez:

—Por todos los Tiempos, este es un Cambio de Realidad pequeño.

Harlan aprovechó la oportunidad e improvisó.

—Lo es. Demasiado pequeño, en mi opinión. De eso se trata. Está por debajo de la diferencia crítica, por lo que he elegido un individuo como caso de prueba. Por supuesto, sería poco diplomático utilizar las instalaciones de nuestra propia Sección hasta que esté seguro de tener razón.

Voy no respondió, y Harlan dejó de hablar. No tenía sentido ir más allá de la zona de seguridad.

El Sociólogo se levantó.

—Se lo pasaré a uno de mis Trazadores. Lo mantendremos como un asunto privado. Espero que entienda que esto no establece ningún precedente.

—Por supuesto.

—Y, si no le importa, me gustaría ver cómo tiene lugar el Cambio de Realidad. Espero que nos honre realizando el C.N.M. personalmente.

Harlan asintió.

—Asumiré toda la responsabilidad.

Dos de las pantallas de la zona de visualización estaban funcionando cuando entraron. Los ingenieros ya las habían ajustado según las coordenadas exactas en el Tiempo y el Espacio, y luego habían salido de la habitación. Harlan y Voy estaban solos en la habitación brillante. Los arreglos de película molecular eran perceptibles, e incluso algo más que perceptibles, pero Harlan observaba las pantallas.

Ambas visiones carecían de movimiento. Podrían haber sido escenas de muerte, pues representaban instantes matemáticos en el Tiempo.

Una de las imágenes estaba representada en colores vivos y definidos; la sala de motores de lo que Harlan sabía que era una nave espacial experimental. Se estaba cerrando una puerta, y, a través del espacio que quedaba, se podía ver un zapato brillante de un material rojo semitransparente. No se movía. Nada se movía. Si se hubiera podido definir la imagen lo suficiente para que se vieran las partículas de polvo, *tampoco* se habrían movido.

—La sala de motores permanecerá vacía durante dos horas y treinta y seis minutos tras el instante visionado —dijo Voy—. En la Realidad actual, por supuesto.

—Lo sé —murmuró Harlan. Estaba poniéndose los guantes, y sus rápidos ojos ya estaban memorizando la posición del contenedor crítico en la estantería, midien-

do los pasos hasta él, calculando la mejor posición para transferirlo. Lanzó un breve vistazo a la otra pantalla.

Si la sala de motores, situada en el rango descrito como “presente” con respecto a la Sección de Eternidad en la que se encontraban, tenía un color claro y natural, la otra escena, situada a unos veinticinco siglos en el “futuro”, disponía del lustre azul obligatorio de todas las visiones del “futuro”.

Era un puerto espacial. Un cielo azul oscuro, edificios de metal desnudo teñidos de azul sobre un terreno verde azulado. En primer plano había un cilindro azul de diseño extraño con la base abultada. Había otros dos como él en segundo plano. Los tres apuntaban afiladamente hacia arriba, con la hendidura recortándose contra los bajos de la nave.

Harlan frunció el entrecejo.

—Son extraños.

—Electrogravedad —respondió Voy—. El 2.481 es el único siglo que desarrolló los viajes espaciales electrogravitatorios. Ni propergoles, ni nucleónicos. Es un dispositivo estéticamente bello. Es una pena que tengamos que Cambiar. Una auténtica pena.

Sus ojos se clavaron en los de Harlan en una muestra clara de desaprobación.

Harlan apretó los labios. ¡Desaprobación, por supuesto! ¿Por qué no? Él era el Técnico.

Había sido un Observador el que había suministrado los datos de la adicción a la droga. Un Estadista había demostrado qué Cambios recientes habían aumentado la tasa de adicción hasta que, ahora, era la más alta de toda la Realidad humana actual. Un Sociólogo, probablemente Voy, había interpretado los datos en el perfil

psiquiátrico de una sociedad. Por último, un Computador había producido el Cambio de Realidad necesario para reducir la adicción a un nivel seguro y había descubierto que, como efecto secundario, los viajes espaciales electrogravitatorios debían resentirse. Una decena, un centenar de hombres de todas las escalas de la Eternidad habían puesto su grano de arena.

Pero, al final, es un Técnico el que hace el trabajo. Siguiendo las instrucciones que todos los demás han combinado, él debe ser el que inicie el Cambio de Realidad. Y entonces todos los otros lo mirarán con acusación altanera. Las miradas dirán: “*Tú*, no nosotros, has destruido esta cosa maravillosa”.

Y, por eso, lo condenarán y evitarán. Le pondrán sus propias culpas sobre sus hombros y lo despreciarán.

Las “cosas” eran personas, empequeñecidas por la nave espacial, igual que la Tierra y la sociedad de la Tierra siempre está empequeñecida por las dimensiones físicas de los vuelos espaciales.

Estas personas eran como pequeñas marionetas apiñadas. Sus diminutos brazos y piernas estaban alzados en posturas artificiales, capturados en el instante congelado del Tiempo.

Voy se encogió de hombros.

Harlan estaba ajustando el pequeño generador de campo a su muñeca izquierda.

—Acabemos con esto.

—Un momento. Quiero contactar con el Trazador para saber cuánto tardará. También quiero acabar con eso.

Sus manos se movieron con agilidad hacia un pequeño contacto móvil y su oído escuchó atentamente al



patrón de sonidos que emitió. Otra característica de esta Sección de la Eternidad, pensó Harlan: códigos sonoros en forma de clic. Inteligente pero afectado, como las películas moleculares.

—Dice que no le llevará más de tres horas —dijo Voy por fin—. También admira el nombre de la persona en cuestión, por cierto. Noÿs Lambert. Es una mujer, ¿verdad?

A Harlan se le secó la garganta.

—Sí.

Los labios de Voy se curvaron en una sonrisa.

—Suena interesante. Me gustaría conocerla, verla sin ser visto. No ha venido una mujer a esta sección en varios meses.

Harlan prefirió no contestar. Miró durante un momento al Sociólogo y luego se dio la vuelta bruscamente.

Si había un defecto en la Eternidad eran las mujeres. Había conocido el defecto casi desde su primera incursión en la Eternidad, pero solo lo había sentido personalmente el día que conoció a Noÿs. Desde ese momento había sido un camino fácil, y se había adentrado en él faltando a su juramento como Eterno y a todo aquello en lo que había creído.

¿Por qué?

Por Noÿs.

Y no se avergonzaba. Eso era lo que realmente le chocaba. No se avergonzaba. No sentía culpabilidad por la sucesión de crímenes que había cometido, de los cuales el uso inmoral de un Trazado Vital confidencial no era más que un pecado menor.

Haría cosas peores que lo peor que era capaz de hacer si lo obligaban.

Era la primera vez que se le pasaba por la mente esta idea de forma tan específica y expresa. Y aunque la rechazó con horror, sabía que, una vez se le había ocurrido, volvería a pasar.

La idea era muy sencilla: destruiría la Eternidad si tenía que hacerlo.

Y lo peor de todo era que sabía que tenía el poder para hacerlo.